

suma, nuestra obediencia será ciega, pero no criminal. En cambio, la obediencia de los liberales es abominable porque no reconoce por origen más *fé*, más convicción, más deseo ni más fin, que chupar al pueblo, que esquilmar á la tesorería, ó en términos más académicos, que comer mucho y beber mucho sin trabajar nada.

A ver, que venga un burro, el más bestia de todos, y que falle.

Nosotros creemos infalible al Pontífice, porque lo creemos venido de Dios.

Ellos creen infalible al gobierno, porque lo creen venido de Tecoac, de la derrota de Lerdo, su antiguo infalible.

Nosotros creemos verdaderos los dogmas, por ser obra del Espíritu Santo; ellos creen *dogmática* la muerte de García de la Cadena, por tamaños pesos que le sacan á la tesorería.

Y de esto nada dicen los *expectadores (con x) del sainete liberalesco*.

Al contrario, mucho amor al pueblo, mucha lealtad al gobierno, mucha convicción, una *sancta sanctorum* de virtudes. En cuanto al dinero, eso viene por añadidura, porque el *que al altar sirve del altar come*.

Nada más justo.

Dios les dé más.

(*El Tiempo del miércoles*
9 de Febrero de 1887.)

XIV

PAPELEABA yo en esa abrumadora nebulosa de legajos, folletos, calendarios, manuscritos, que llamaré el archivo del Sr. Gómez Larrea.

¡Ah! el lector dichoso y robusto que allá en la apartada aldea ó la casa de campo, se sienta á leer tranquilamente miétras da sorbos á la espumosa taza de leche, no sabe lo que estas líneas me cuestan.

Aún siento la indigestion desesperada de aquella tarde.

El archivo del Sr. Gómez Larrea es muy bueno; pero embrutece. Perdóneme la ingratitud; pero aquel desórden, aquellos montones de cuadernos hacinados por aquí y por allá; aquellos paquetes formados de una entrega del *Album Mexicano*, otra del *Evangelio en triunfo*, dos calendarios, una receta para la nogada, y la mitad desencuadrada de un breviario; aquellas barajas de periódicos, aquel conjunto pésimo de cosas tan buenas, en

frían la sangre, ponen los pelos de punta y desmayan al más valeroso.

Eso sí, en poniendo diez empleados que ordenaran aquello, á los cinco años sería una espléndida biblioteca.

Porque, este señor, tan bueno y tan sabio, compra todo lo que le venden; lo lee, lo anota, y lo avienta á donde caiga primero. Es persona tan rara, que tiene al lado de su mesa de estudio, un gran cajon, uno de tantos en que le llegan libros. Cuantas cartas recibe, las echa cerradas á este cajon, porque él jamás arregla nada por escrito.

Por sellos y más sellos que traiga una carta, sea cual fuere su procedencia, ó el nombre que traiga impreso en la cerradura, va á dar á aquel pozo, que no tiene fondo.

Un día presenció algo que parece increíble. Llegó un correo especial con un pliego lacrado. Al cajon.

— Señor, que quieren la contestacion.

— Venga usted á la tarde.

— Señor, que urge mucho.

— Con todo.

— Pero señor....

— Vamos, le interrumpió éste. Y cogiendo indistintamente del cajon una de tantas cartas cerradas, la entregó al correo diciendo: Aquí está la respuesta.

Ahora pregunto al lector: ¿cómo estará aquella biblioteca?

Pues bien, yo tenía necesidad de buscar un cuaderno muy raro sobre Nuestra Señora de Guadalupe, y desesperado de no encontrarlo en otros estudios, me resolví al suplicio, á la empresa romana de hundirme en aquel píclago de papeles, y buscar hasta dar con mi cuaderno.

Entré á las dos de la tarde; eran ya las cinco, y mi cuaderno tan léjos y tan perdido como al principio.

¡Qué manos, con aquel polvo!

¡Qué cabeza con aquel otro polvo tibio que se llama hastío!

Estaba yo busca y más busca, ya desatando este paquete, ya revolviendo aquel monton, siguiendo con la paciencia de un San Francisco, el método que desde un principio me impuse, á fin de trabajar con fruto.

Entre tantos y tantos manuscritos dí con un cuento en latin, que comenzó á interesarme.

Está escrito con pluma de ave y tinta de alcaparrosa y huizache, sobre papel de torcer, cosido con hilo de bolita, y en latin. Cómo, dije, ¿con qué en aquel tiempo de la tiranía se escribía una cosa delicada en la lengua de Virgilio, para que no entendieran su contenido los policías ni las almas vulgares?

Ese es el sistema que hoy justamente debiera adoptar la prensa.

Pero vamos al caso: á mí me interesó el cuento, porque es un cuento; me parece que puede dar al lector una idea del peor estado de miserias y relajacion política á que puede llegar un gobierno; juzgo que puede dar á la historia un detalle para medir el desprecio profundo á las leyes, el despotismo que alguna vez ha pesado sobre este sufrimiento interminable que se llama pueblo mexicano; así como á nosotros otra prueba más que justifique nuestros ataques al liberalismo.

Además, es oportuno, porque trata de toros, y ahora que Mazzantini viene á honrar nuestro país, ahora que no se piensa más que en los toros, y que hasta los hemos tenido hace tres días en corrida pública á cuerno limpio en la plaza de México y en el Palacio Nacional, me parece que viene como anillo al dedo mi cuento, sacado de la tumba de polvo y papeles de aquel archivo inolvidable.

Pues, señor; no mentaré personas, porque esto es contra conciencia y decencia, ni siquiera año para que no se saquen por él los nombres que quiero ocultar; pero sí aseguro que es posterior al asesinato del Emperador Iturbide, es decir, bajo el reinado de la *chinaca* que empuñó desde luego el cetro arrancado por el sicario al libertador de México en la emboscada cobarde de Padilla.

Érase un ministro muy templado, forjado en ese yunque que despues de tanto tiempo vino á producir á Lerdo, el manso perseguidor de las Hermanas de la Caridad; y érase tambien un gobernador que si lo describo, no habrá quien lo crea.

¡Entónces para qué me he de tomar el trabajo tanto más cuanto que no soy muy fuerte en el latín, y ni por Dios ni por sus santos he podido traducir esta frase que se refiere á aquel sugeto: *incubriebatur et ludebat die usque ad noctem, et nocte usque ad diem.*

Veinte veces he buscado al Sr. Peñita á fin de que me dé la traduccion, y ni su luz. Si algun lector le dá á la bola, espero que me saque de la duda.

Bien; pues el tal gobernador, sin agravio de los presentes, lo era tanto como yo.

Despues de una farsa electoral había sido puesto por su padrino, y en atencion á sus méritos, en el gobierno.

Todo caminaba con la serenidad de un cisne en la laguna; pero el diablo metió la cola y se armó una tempestad netamente carbajaleña.

Sucedió, pues, que á fin de proteger las buenas costumbres populares y de virilizar el carácter de nuestro pueblo, se discurrió traer una cuadrilla que estaba haciendo ruido en Guatemala.

¡Qué alboroto!

¡Qué habladero! ¡Qué entusiasmo!

Con decir á vdes. que el cuadernito, lo designa con el epíteto de *furor nif.*

Todos querían ser empresarios; pero no había más de una plaza. El gobernador no se durmió y ganó la palmeta. Cuando los demás acordaron ya él dormía sobre sus laureles.

Los toreros en camino y él con su contrato en la bolsa roncando á pierna suelta.

Pero; ¿de cuándo acá los patos les tiran á las escopetas? se dijo el padrino. En ese caso yo soy mano.

Le mandó proponer mil pesos con tal que arreglara que los toreros dieran otras funciones además de las prometidas al principio y en las que él, el padrino, debiera ser empresario.

—Que nó.

—Pues el caso urge.

—Entonces que acepte otra cantidad con tal de que me deje la empresa.

—Que tampoco, que no me moleste, que estoy durmiendo.

Aquí fué la cena de negros.

—Pero haya bellaco!... ¿No sabes que si disfrutas esa canongía es por mi pura voluntad? ¿Cómo te atreves á sacarme los dientes, y á contestarme ese *nó*, que no parece sino que no sabes con quien estás tratando?

—Pues lo repito; que nó. Y si lo dice por el gobierno, allí está, que para insulas sobran.

Y dijo; y se repitió otra vez que el gobernador iba á renanciar, y que por aquí y que por allá, y todo ese hervidero de chismes con que los polfticos se saean los ojos.

El cuento sigue muy largo, y si he de ser franco, diré que no lo entendí, ni lo entiendo aún, no obstante que ántes de tomar la pluma para escribir estos renglones, volví á darle vueltas al diccionario, y á buscar á Peñita, aunque dudo quien de pronto lo entienda, porque las letras están muy borradas.

Pero, bien: ¿puede haber en nuestra historia algo más bochornoso, que convertir la política, el derecho de los gobernantes, la fuerza oficial, en pleitos, por corridas de toros? ¿Es posible creer que se quiten y pongan gobernadores por cuestion de banderillas?

¿Qué, llegaría en aquellos tristísimos tiempos la abyeccion de los personajes á tal grado?

¿Qué, se emplearía la fuerza del poder en ganar empresas, para esquilmar, barbarizar y corromper al pueblo?

¿Desgraciada generacion aquella!

¡Pobres de nuestros padres! A lo ménos, nosotros contamos con la respetabilidad de los funcionarios que elegimos, con su afan por el progreso y su moralidad de costumbres oficiales. A lo mé nos, nosotros sabemos que el gobernador ha sido

puesto por el voto público; que por lo mismo, en la esfera de sus atribuciones, será invulnerable é independiente. Que va al gobierno á trabajar para el pueblo y no para su bolsillo; que va á levantar el templo de la ley y el progreso, y no la plaza de toros; que será un gobernante y no un empresario.

Hay que ser justos.

La libertad, la Constitución siempre respetada y cumplida, nos han traído grandes bienes.

¡Ahora habíamos de consentir aquellos escándalos!

¡Ahora habían de pelearse por toros los poderosos!

¡Ahora!.....

(El Tiempo del sábado 12
de Febrero de 1887.)

~~~~~

XV

YA se cansaron de hablar?

A los forjadores de fiestas del 5 de Febrero  
¡no les queda ya en el almacén volteriano  
alguna mentira rezagada que sacar á bailar!

¡Han sacudido bien los costales!

Todos, el del cinismo, el de la envidia, el del des-  
pecho, etc., etc., etc., ¡han sido bien sacudidos de  
manera que no se haya quedado atorada en las  
pitas del áspero tejido alguna mentira!

Es difícil, porque son muy gordas.

En suma, ¡ya acabaron ustedes!

Pues ahora me toca á mí, que he tenido la será-  
fica paciencia de aguardar diez días á que acabara  
la vaciada.

Estoy que reviento, porque tener paciencia es  
henchirse de impaciencia; esperar es desesperar.

¡Qué barbaridad!

¡Cómo han mentido!

Las palabras son como las tuercas: cuando se  
usan mal y mucho se abocarían, y por consiguien-  
te ni ajustan ni aprietan.

¡Cuánto deploro que esta palabra *mentirse* haya abocardado, porque hoy no me sirve!

Se ha abusado mucho de esa palabra aplicándola al error, á la exageracion, á la chanza, y hasta al arte y la poesía; cuando quiere uno usar de ella bien, aplicarla á su verdadero tornillo, ya no aprieta.

¡Cuánto lo siento, repito, porque hoy es cuando necesito de esa palabra en todo su ajuste!

*Mentir*, no es decir una falsedad simplemente, sino decirlo á sabiendas, con dolo y contra lo que se cree verdad. Los viejos le hallaron esta etimología: *contra mentem ire*.

Si algun lector ha leído los periódicos liberales sobre todo los subvencionados, que están de fandango y manteles largos, cuando se trata de mentir, es decir, siempre, no habrá podido ménos de pasmarse, ante tanta mentira como han dicho, refiriéndose al aniversario de la Constitucion. Digo, si ese lector es vecino de esta capital, que á ser *Fuereño*, habrá abierto una boca de ahogado, admirándose de que en México, donde más se viola esa famosa Carta, de un momento á otro, sin que la tierra lo sintiera, se improvisara una fiesta, no inferior, segun esas descripciones, á las *reales*, en los casamientos de príncipes que cuentan las nanas. Lo que yo no comprendo, porque es muy estúpido y muy estéril, es el aplomo con que esos se-

ñores le dicen á cada uno de los cuatrocientos y tantos mil habitantes de esta ciudad: oiga usted "toda la capital se ha llenado de cortinas, el pueblo industrial ha hecho demostraciones espléndidas; las comisiones de todos los ramos acudieron á depositar coronas en la tumba del Benemérito, etc., etc., etc."....

—Pero hombre, si yo nada de esto ví.

—No saldría vd. á la calle.

—Diga vd. que no entré en casa durante todo el día, y quiero comerme la cortina que haya visto y todo eso que vd. refiere.

—Pues fué.

—Pues sería.

—¡Pero hombre! ¿está vd. loco?

—¡Pero hombre! ¿está vd. ciego?

¡Qué logran con mentir delante de estos cientos de miles de personas, que han visto, ó más bien dicho, que no han visto la fiesta!

Pues nada, *mentir*, que segun Voltaire, ya es algo, y segun los que no tienen con qué desquitar los *tlacos* de la subvencion, ya es mucho.

Además, la demostracion guadalupana no puede quedarse en *berrinches*, hay que neutralizarla aunque sea con saliva.

A *hablar*; quizá allá muy léjos, llegue por chiripa el papelón á manos de un rancherote que lo crea y esta será ya una conquista. Siempre se pesca algo con mentir.

Será uno; peor es ninguno.

Yo, que en mi vida no he dicho más que dos mentiras, y diré de una vez cuáles son: Carta *fundamental*, refiriéndome á la Constitución de 57, y *ex-benemérito* aplicado á Juárez, (y digo que *ex-benemérito* es una mentira porque nunca fué *benemérito*, ni aun ántes de salir sus trapitos al sol) yo, pues, voy á contar las cosas tales como fueron, y luego si alcanza el tiempo, tales como debieron ser.

Punto primero.

Pues tienen vdes. que la *Convencion Radical*, esa cosa que no puede tener más gracia, porque es como el juego de las *comiditas* y las *comadres* con que se entretienen las chicas de casa de vecindad, fijó en las esquinas unos carteles de colores, suplicándole al pueblo, sobre todo á los artesanos, que acudieran á celebrar la fiesta de una Constitución con la cual tan bien les ha ido.

Disponía todo su programa con la mayor formalidad del mundo. Hablaban de proyectos; estaban, los carteles escritos con todo el *bombo* posible. De aquello á un cartel de cómicos chabones, sólo faltaba esta firma:

Por la empresa, *Rodomando Riograndeverde*.

Al día siguiente, esto es, el 5, la capital parecía una Jerusalen en Viérnes Santo. Si exceptuamos una casa escondida por la espalda de Corpus

Christi, ni una sola había adornada en las dilatadas y numerosas calles de México. Ni un farolillo, como aquellos de la farolada, pude encontrar en la más triste puerta de un figon.

Las pulquerías, que siempre adornan sus puertas, con banderas, parece que ese día se lo habían mandado, porque las escondieron todas.

Creo que ni las calles estaban barridas.

No había gente en ellas, tal como en tiempo de cólera.

A las once de la mañana se oían desde dentro las pisadas del que iba por la esquina.

Partía el alma un desaire tan á quema-ropa.

Los de la *Convencion* andaban con unas caras como copiadas en yeso.

Una vez revisada la ciudad, me fuí al panteon de San Fernando.

¡A qué piensan vdes. que se reducía toda esa alharaca de *corporaciones* industriales, etc. etc., etc!

A un gordo que iba con una bandera, que ya le agujereaba la punta del asta el ombligo, donde iba sosteniéndola; chaleco desabrochado, los pantalones cayéndosele, y unas gotas de sudor como capulines, goteando de la boquilla del sombrero.— Digo como capulines, por el diámetro y por el color.

Un puñado de esos que con cualquier motivo se reúnen en la calle, acompañó á la *comitiva*.

No tuve valor para oír sus discursos.

Hice un esfuerzo supremo; pero los esfuerzos son vanos cuando falta la vocacion.

Aquello era superior á mis fuerzas. Me desmayaba la idea de escuchar aquel eterno sonsonete, aquella série de bostezos traducidos en grandezas y conquistas, aquella acedia de la tribuna de Mateos. Sólo me puse de puntillas para ver por sobre las cabezas del peloton, las coronas de á real que iban á ser ofrecidas á Juárez.

— ¡Vaya! me dije dando la vuelta, *qualis Aquiles, talis Homero*.

A eso se redujo la fiesta. La ciudad hizo tanto caso de ella como el Gobierno de la Constitucion.

La *Convencion* no debe estar corrida. ¡Por qué! Ella hizo lo que pudo, y el que tal hace, hace lo que debe. Si la capital no le hizo caso, por deseos no paró la *Convencion*. Se movió, se extremó, imprimió papeles.....

¡Qué más había de hacer!

No podía llevar á los ciudadanos de la oreja, ni andar colgando trapos en casas ajenas.

No, no debe estar mortificada.

La honra es tanto del que la pide como del que la dá.

La ciudad no quiso darla, allá se las componga.

Ella recogerá los frutos de ser tan pertinazmente retrógrada, tanto que tratándose de la Virgen

de Guadalupe, se pone como Periquillo cuando se sacó la lotería, y tratándose de Juárez aparece como aquel cuando lo arañaron en la calle.

Pero yo diré á la *Convencion* que no hay que perder la esperanza.

Adelante.

Con la paciencia se gana el cielo. Además, aunque muy poco á poco, algo se va consiguiendo.

Hace un año no fué el gordo al panteon; hoy fuese aquí á un año irán dos gordos, y puede ser que con sombreros nuevos.

De grano en grano llena la gallina el buche, y hay que pensar en que las conquistas del progreso tienen que ser lentas, porque luchar con el fanatismo es obra de romanos.

¡Adelante, pues, y aunque nada vale, de aquí á un año pueden contar con mi grano de arena!

Bien; pero saquemos algo en limpio, mientras los días rosados de esa gloriosa conquista llegan; mientras éste ciego de nacimiento abre los ojos, mientras este asno se convierte en Blasillo, hay que convenir en que el pueblo de México hace tanto caso de la Constitucion y de Juárez, como de la carabina de Ambrosio.

Yo no digo que ni la Constitucion ni Juárez merezcan eso.

No, muy léjos estoy de ello: lo que señalo es un hecho; justo ó injusto, pero *hecho*.

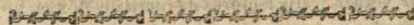


Y de que mi boca no dice mentira, son testigos más de ochocientos mil ojos y más de cuatrocientas mil lenguas.

Que hablen los que vieron.

Mis saludos á la *Convencion Radical*.

(El Tiempo del *Jués* 17  
de Febrero de 1887.)



XVI

**S**UCEDE que los sabios, los verdaderos sabios son en lo general lo que llaman hombres *caseros*; es decir, que no encuentran el regocijo sino en el seno de la familia.

Los hombres de gran cerebro y de grandes sentimientos, son muy dados á las fiestas íntimas del hogar. El ilustre Arango y Escandon se alborozaba para celebrar su cumpleaños, con la solícitud y la tierna ilusión de un niño imberbe.

Era de oírlo la víspera, referir los preparativos para el día siguiente, con aquella dulzura y transparencia de su alma de justo, y luchando por penetrar en el encantador misterio de la sorpresa que por su parte le preparaba la familia.

¡Qué hombre aquel!

No es posible dejar de recordarlo, siempre que se trata de algo conmovedor, de algo sublime, de algo cristiano.

A estas fiestas del hogar en que se gasta poco y se goza mucho, es muy dado el Dr. D. Juan de la

Cruz Veraza. Mis lectores de fuera de México no lo han de conocer probablemente, y voy á permitirle decir de él cuatro palabras.

Es de estatura regular, rubio y de ojos azules como todos los Veraza del mundo.

Tiene una mirada amable hasta la piedad y una palabra y un trato ni más ni ménos que su mirada. Su vicio es el aseo; se rasura él solo y á la antigua, es decir, que se quita el bigote y esa parte de las mejillas á que sube la barba de los hombres de buena raza, dejándose un grueso barboquejo á la redonda; vistió de repente tal parece que está asomando la cara por un postigo. Pero hombre más estimable no se encuentra ni con pinzas. Estudia mucho, y es rico, cosa que parece absurda. Está al tanto del movimiento científico de la época, lo cual es raro, porque los sabios por lo general se atorán en la suya.

Sus hijas lo adoran, sus amigos lo quieren y lo respetan, y sus clientes no saben qué hacer con él cuando los saca avantes de un conflicto costoso y rehusa recibir la paga.

Hizo parte de su carrera en Madrid, y parte en San Juan de Letran. Tiene 60 años y no ha padecido en su vida más que un resfriado, por haber salido de improviso al aire frío la noche en que se recibió, noche que ántes llamaban la *noche triste*.

Conque ya están ustedes.

Hombre tan *casero*, que echando á un lado aristocracias, y *qué dirán*, no hay día que á la hora de comer no llegue á su casa con el pañuelo de fruta, el guayabate de Morelia, los camotes queretanos, ó los alfajores de Puebla; no podía dejar pasar en limpio el cumpleaños de su hija menor, digna por cierto de tal padre.

Muchas veces su señora lo reprende amostazada: "¡pero hijo, que vengas con ese convoy en la calle! ¡No, si tú no tienes remedio! Te han de tener por un *chenecho*; dirán que no hay un criado con quien mandar traer ese paliacate de tunas."

El Dr. Veraza sonríe y pasa con su *ilacate* más ufano que los muchachos dispuestos á devorarlo.

Arregló, pues, la fiesta de su preciosa hija, rubia como él, buena y alegre como él, é inútil es decirlo, de ojos azules tan nuevos como los de su padre, porque si ella tiene catorce años él está en esa segunda niñez de la vida, la decrepitud.

Se dispuso una *tamalada*, todo á la antigua. Alguien propuso que fuera en el campo, pero se opuso el Dr. sabiendo que esas son *fraseas* en que se da lugar á muchos abusos, en que la familiaridad pasa de sus límites, sobre todo, porque como dijo, no hay horizontes, ni perspectivas más bellos que los del hogar, y sólo las golondrinas, para hallarse bien necesitan salir de su nido.

El programa era muy sencillo; comer tamales y

beber atole de leche. Por gusto del Dr., no se habría convidado más que á los amigos íntimos, entre los cuales tengo el gusto de contarme; pero en sociedad eso suele ser difícil, porque la amiguita N. dice que irá, pero con la condición de que se convide á Pepe, que es su novio, y no puede dejarlo en la calle; y así por el estilo.

A las cuatro de la tarde aquello era una colmena.

La escena pasa en un jardín.

La niña del cumpleaños, ó sea el *santo de la fiesta*, á quien en ese día acababan de soltar el vestido largo, hacía sus ensayos de mujer, paseándose del brazo de otras pollitas, afectando una seriedad encantadora, y un reposo, que era para reventarla.

No es posible que toda una señorita, que ya viste de largo, se ande en risotadas y juguetes como una niña. Iban y venían por la calle principal del jardín, y por aquí y por allá, con un paso muy grave, platicando de cosas de gentes grandes, y ya negando miradas y haciendo alardes de pudor ante los jovencitos, que con varita y zapatos de punta andaban por allí merodeando y haciéndoles el osc.

Por fin dos horas después de la convenida, porque estos programas siempre se violan, tomó asiento la numerosa concurrencia bajo un senador

improvisado de mecate y heno, con unos cuantos farolillos.

Entraban los platonos echando vapor que envolvía la cara trigueña de los sirvientes; cada cual meneaba muy apurado su tacita de atole que estaba como saliendo del infierno; no había manera de enfriarlo; parecía que con agitarlo se calentaba más, según el precepto de Aristóteles: *motus est causa caloris*. A poco saltó el tapon de la alegría, de la familiaridad, del cumpleaños, y todos platicaban entre sí con una animación de colmena.

El Dr. Veraza estaba en sus glorias.

Pero aquí empieza el cuento.

Poco á poco se fueron callando los demás, hasta que quedó haciendo uso exclusivo de la palabra un joven de 20 á 22 años.

Balmes tuvo entre otras una frase muy feliz; es esta: "un nuevo pauperismo: los *jóvenes ilustrados*."

¡Qué calamidad de esta época y de este México, lector mio, con los *jóvenes ilustrados*!

Para hablar de todos, voy á hablar de éste, que me encontré en la tamalada.

Es chiquitín, de lentes, bigotito ralo y severamente enecerado, con las puntas como unas agujas, una peluca de durazno, algo crecida á fuerza de jalónes; porque todo el día está con la mano

en el bigotito, jala que jala y dale que dale. Tiene más barros que poros en la cara; manos de dama, que no conocen el agua.

Viste á la inglesa, y arma ruidosas grescas en su casa cada vez que el cuello de la camisa no está como de marraco, resplandeciente ó inflexible.

Mal estudió en la escuela. El maestro se sintió con el hígado crecido, á fuerza de cóleras que le pegó este muchacho. Desaplicado, burlon, soberbio, atrevido. Hizo cuanto pudo por salir de él lo más pronto posible, y lo entregó el día ménos pensado, con cualquier pretexto. Entró despues á la Preparatoria, y lo más que logró la pobre madre á fuerza de poner en juego todas sus relaciones fué que pasara por las cátedras, por supuesto sin que éstas pasaran por él.

Eso sí, ha leído mucho á Víctor Hugo, Zola y Renan.

El Emilio de Rousseau se lo sabe de memoria y tiene la cabeza hecha un horno con las novelas de Dumas y Balzac.

Es un hombre de mundo. Timbas, juego, escandalitos; todo lo conoce al palmo. La infeliz señora no sabe ya qué hacer con él. Cada borrachera le cuesta lágrimas, dinero y vergüenzas. Es un sultancito en su casa el caballero, merced á la falta de padre y á la debilidad natural de la señora, que por varonil que sea, como lo es, no puede sustraer-

se á las condiciones de su sexo. Ha llegado á sentirse tan fatigada, que há poco quiso ponerlo de soldado, pero ni el marquesito se dejó, ni era prudente, al parecer de muchos, porque así se lo acabaría de llevar el diablo.

Pues este es un *jóven ilustrado*. Habla de todo. Pasa por enfrente de un cuadro, y al punto da su voto sobre el colorido, el dibujo, la escuela, el movimiento de las figuras, la luz, etc., etc. Se le presenta un libro; no lo ha abierto, ni ha leído la primera línea, cuando ya está dando su opinion, favorable si el libro es malo, y desfavorable, despreciativa, si es bueno; porque de puro inútil, no lo he dicho: el jóven es libre pensador y demócrata liberal por excelencia. Hasta la biografía del autor á grandes rasgos, el número y éxito de las ediciones, su calificación, y las bibliotecas de México en que se halla, todo lo echa al punto por aquel pico de oro, y todo con su tecnicismo más correcto.

¿Se trata de literatura? Arrimen vdes. sus sillas para oirlo bien. No hay poeta, de Homero á Núñez de Arce, que no conozca, que no analice, que no manosee con la confianza de un compañero viejo, ó que no censure con la suficiencia y gravedad de un maestro.

En Historia es una autoridad. Sabe al dedillo todo eso de la noche de San Bartolomé y los Hugonotes, porque ha leído una novela francesa que

se llama: "La Juventud de Enrique IV." Sobre la Inquisición no hay más que darle cuerda y no acabará en un año. La revolución francesa la tiene en la punta de la lengua. ¡Diablo de muchacho! Habla de los Girondinos de Lamartine, que hay momentos en que llega uno á creer que de veras los ha leído ó estudiado. Napoleon le es tan familiar, tan conocido, como el portero de su casa. Oírle discurrir sobre historia antigua; echar pestes contra la Biblia, como libro apócrifo, inventado por los frailes, etc., etc., es para darle su medio.

Cuando lo ví por primera vez hablaba de medicina, y con todo mi bobo á cuestras llegué á creer que era estudiante de esa facultad; porque el tecnicismo prolijo y complicado de la ciencia le hervía en la boca como agua fuerte.

En suma: artes y ciencias, sobre todo la filosofía; cuanto pueda caer bajo el estudio del hombre, le es conocido como sus uñas que, entre paréntesis, son largas y cortadas en pico, especialmente la del dedo meñique.

¡Y en qué se ocupa este sabio!

En lo que debe ocuparse un filósofo de hoy; en beber, en gozar, en derrochar el dinero que con tanto trabajo adquirió su pobre padre, y en acabar á grandes pasos con la vida de la infeliz señora. Por supuesto que tiene un empleo, que la nación, como el de tantos vagos, paga á peso de oro.

Se levanta á las diez, se perfuma, y á la calle. Llega á su casa á las dos ó tres de la mañana, si es que llega, porque por lo regular, ó no vá ó lo llevan. Por eso cuando habla de sus vastos conocimientos, todo lo dice, ménos á qué hora estudia.

Hace versos en que vacía, indigestado, cuanto ha leído en Víctor Hugo; y aun echa sus robitos en los periódicos subvencionados.

Cuando todos se fueron quedando callados, sólo este petimetre, como dije, quedó hablando en alta voz.

Platicaba de los tamales, porque un jóven ilustrado, habla invariablemente de lo que tiene delante; en eso consiste la gracia. Hacía la historia de esa especie de pastel, y llegó á enredarse y á echar tantas mentiras que ya no podía salir del apuro: entónces recurrió al expediente de ordenanza: los frailes; pues es rara la plática de un jóven ilustrado en que no vengan á cuento, entres por donde entraren, y vengan á lo que vinieren.

"Los frailes, dijo, tuvieron la culpa de que el pan viniera á sustituir al tamal que se usaba entónces para tomar la comida. Los frailes para proteger á los panaderos españoles inculcaron la idea de que los tamales tenían brujas, y por lo mismo se comía uno el demonio con ellos."

El Sr. Veraza, que estaba en el otro extremo de

la mesa, nada más veía al jovencete de arriba à abajo: se caló los anteojos para verlo bien, y estirando los párpados de arriba, y el labio superior para abajo, como cuando se rasura el bigote, no cesaba de verlo, dando á la cabeza movimiento, como los de un gallo, cuando, parada la golilla, está frente á su rival, próximo á lanzarse á él.

Las señoritas, la lindísima novia del ilustrado, pues como todo vulgarote logró una verdadera presea por novia, todos los que estaban á la mesa, se tostaban conociendo las ideas del Sr. Veraza y la altanería del mozalvete.

Siguió éste, como si le hubieran pagado, hasta que no pudiendo contenerse el doctor, se conformó con decirle estas palabras:

—“Oiga vd., caballero, me comprometo á regalarle á vd. esta casa, si me presenta el libro, los libros, ó los fundamentos cualesquiera que sean en que conste todo, ó parte á lo ménos, de lo que acaba de decir.”

El petimetre se sintió en un baño de sudor, pero no por eso se dió, sino que respondió muy grave, y sin dignarse siquiera ver los ojos al Doctor:

—“Eso consta por tradicion.”

—“Entónces, repuso el Sr. Veraza, le regalo á

vd. mi casa si me presenta las personas que sepan esa tradicion, con sus respectivos fundamentos, porque la tradicion no es un chisme, sino algo misterioso, que por lo mismo tiene en qué basarse. Pero vd. me ha de decir quiénes son esas personas, y yo al punto iré por ellas á fin de que delante de estas señoritas relate la tradicion. Me conformo con solo una persona. Vale la pena, ya vé vd. que apuesto mi casa.”

¡Pobre petimetre!

No le quedaba excusa. Como se trataba de una tradicion, de algo que él no había visto, preciso era que álguien se la hubiese comunicado. Primero dijo que no recordaba, luego dijo que el Sr. Barrera á quien se lo había oído, era difunto, y quiso salirse por acá y por allá, pero no pudo. El doctor lo tenía del bozal.

Convencido de lo que son los jóvenes *ilustrados*, cuya ciencia principal está en improvisar mentiras, con todo el aparato posible, no exigía ya el valor histórico de los hechos, sino el origen de las mentiras.

No es posible engañar el buen sentido de todo sér humano; así es que las señoritas comenzaron á reirse, primero á hurtadillas y luego ostensiblemente, y al sentirse apoyadas por el doctor, emprendieron una chuela á aquel infeliz que

con todo su mundo y todas sus fanfarronadas, se volvería loco entre aquel torrente de ridículo.

¡Muchachas más bravas, no las había yo visto en mi vida!

El Pepe aquel bufaba; al principio quiso coger al toro por los cuernos, llevando el barreno á las chuelistas, pero despues no pudo, porque la cosa resultaba peor. Habría dado medio bigotito, frato de tantos jalones, por irse; pero la huida era la coronación de su ridículo; al fin no tuvo otro remedio. Pretestó mil cosas, y se fué con tal desgracia, que uno de los criados que estaba temblando de cólera, por haber oído insultos á los sacerdotes, al salir le encasquetó una olla de hojas, que llevaba, dejándole el sombrero hecho un dolor, y los barro llorando gotitas de sangre.

¡Grande grosería, que le costará al criado el empleo, como le costó una buena mortificación al dueño de la casa!

En el fondo, tras de la cáscara de las buenas maneras sociales, allá en el rincón del alma, todos se alegraron, y hay muchacha de aquellas que lo cuenta con mucha sal.

Yo ofrecí relatar el suceso, y lo hago hoy, no sólo por cumplir mi promesa, sino para decir en unas cuantas líneas lo que son y lo que debe hacerse con estas calamidades que se llaman los jóvenes ilustrados.

Proceder como el doctor, y si seme permite mañana falta, como el criado: hé aquí en dos palabras el programa.

(*El Tiempo del domingo 20 de Febrero de 1887.*)